**1**

Aquel día, Carlos se había quedado en casa. Estaba leyendo un

libro que le tenía atenazado y del que no sabía cómo desprenderse.

Había decidido finalizarlo ese fin de semana y, a pesar de que era el

comienzo de la primavera y los árboles comenzaban a vestirse con sus

mejores galas, su decisión era firme: el libro sería concluido. No lo

dejaría para otra ocasión.

En el exterior, los pájaros iniciaban los primeros gorjeos; ese trinar

que desde pequeño le impresionaba por parecerle el murmullo del

agua de un manantial que resbala entre las rocas. Un silencio musical,

discurriendo entre la frondosidad del bosque, que le lleva al recuerdo

de su niñez, esa época en que los sentimientos y las experiencias se

transforman y las miradas se pierden en el infinito de la vida. A la vez

que pasaba cadenciosamente las hojas del libro, oía ese canto armónico

y acompasado que le acompañaba desde que se había levantado. Tenía

por costumbre madrugar, y de esta manera, el tiempo hacía que sus

quehaceres fueran más completos. Siempre había considerado que

esto era una oportunidad para tener más posibilidades de hacer más

cosas que el resto de los mortales. El día para él tenía dos o tres horas

más. Por otra parte, al vivir solo y no tener otras preocupaciones

familiares o personas que dependieran de él y de su peculio, podía

dedicarse con más intensidad a lo que verdaderamente le gustaba: leer.

Así pues, se disponía a dedicar toda esa mañana a su afición más

deseada. Su trabajo le permitía este tipo de dispendios en el tiempo y

en el dinero; era capaz de estar varios días enclaustrado sin ocuparse

del trabajo.

Sin embargo, un sueño placentero le invadió y se dejó llevar por

esa desgana que acompaña al momento plácido de la evasión. Apoyó

la cabeza sobre la mesa y pasó el tiempo**…**